

La familia como escenario para transgredir el racismo

EN LA CONFLUENCIA DE CULTURAS Y DE MODOS DE VIDA DIVERSOS, EL RACISMO APARECE COMO LA PATOLOGÍA SOCIAL MÁS GRAVE QUE LAS SOCIEDADES ACTUALES DEBEN SABER RESOLVER. ASIMISMO, LA FAMILIA ES EL MÁXIMO EXPONENTE DE LA REALIDAD TRANSCULTURAL Y DEL CRUCE DE CULTURAS; DE HECHO, TODA FAMILIA SE ORGANIZA INICIALMENTE A PARTIR DE LA “CO-INCIDENCIA” DE PROYECTOS DE VIDA, CON OBJETIVOS Y VALORES BÁSICOS TAMBIÉN COINCIDENTES, PERO MUY A MENUDO DIVERGENTES EN SUS PRÁCTICAS CONCRETAS. ESTA COMUNICACIÓN PARTE DE UN ANÁLISIS DE LA FAMILIA EN LA REALIDAD SOCIAL DIVERSA Y PLURAL EN QUE NOS MOVEMOS Y PROPONE UNA SERIE DE MEDIDAS PARA QUE LA FAMILIA SEA ESCENARIO DE APRENDIZAJE Y DE GESTIÓN DE LOS VALORES PARA TRANSGREDIR EL RACISMO.

PALABRAS CLAVE: FAMILIA, RACISMO, INTERCAMBIO CULTURAL, DEMOCRACIA.

IN THE PRESENT CONTEXT OF INTERCULTURAL EXCHANGE, RACISM SIGNIFIES A CENTRAL SOCIAL PATHOLOGY AND THE MOST SERIOUS CHALLENGE OF OUR SOCIETIES. THE FAMILY IS THE BEST EXPONENT OF CROSS-CULTURAL REALITY. IN FACT, ALL THE FAMILIES ARISE FROM THE “ENCOUNTER” OF TWO PROJECTS OF LIFE, WITH ANALOGOUS GOALS AND VALUES OF BASIC LEVEL, BUT ALSO DISCREPANT ABOUT THE USUAL PRACTICES OF THOSE GOALS AND VALUES. THIS WORK DESCRIBES THE FAMILY IN THE PRESENT CONTEXT (PLURAL AND DEMOCRATIC CONTEXT) AND PROPOSES SEVERAL SUGGESTIONS ABOUT THE FAMILY AS THE PLACE FOR LEARNING AND MANAGEMENT OF VALUES IN ORDER TO TRANSGRESS RACISM.

KEYWORDS: FAMILY, RACISM, INTERCULTURAL EXCHANGE, DEMOCRACY.

I. INTRODUCCIÓN

La sociedad actual se caracteriza por la coexistencia de modelos de vida diversos que se publicitan en espacios abiertos de manera cada vez más extenuante. Este encuentro entre lo diverso, acostumbramos a positivarlo y a enfocararlo como fuente de riqueza y sobre todo de progreso, como no

Nc004

Enric Prats Gil

Profesor de
Educación Multicultural.
Universidad de Barcelona
eprats@d5.ub.es

podría ser de otro modo, pero puede ocultarnos una de las patologías más cruentas que toda sociedad debe saber encarar. El racismo, como enfermedad social, surge cuando falla la gestión de lo diverso, de lo antagónico; la no aceptación de la diferencia y de la discrepancia es la fuente que alimenta los diversos focos donde surge el racismo y sus derivados: xenofobia, heterofobia, aporofobia, etc.

En este mismo contexto diverso y variado, la familia, como agente social de primer orden, no se puede escapar de esta afirmación y, de hecho, la familia representa por sí misma un exponente de la transculturalidad: esa situación donde se llega a sintetizar en un nuevo individuo los (a priori dos) proyectos de vida que dan razón a la familia primigenia. En otras palabras, debemos enfocar la familia como el espacio privado que, en su creación, reúne dos enfoques vitales, a partir de la “co-incidencia” de esos proyectos de vida, con objetivos y valores básicos también coincidentes, pero muy a menudo divergentes en sus prácticas concretas, en sus micropolíticas cotidianas.

La familia, desde una perspectiva estrictamente pedagógica, significa el espacio privado legitimado para transmitir un modelo de vida a partir de la integración de dos (o más) opciones que han seguido un recorrido más o menos largo y que, en la mayoría de casos, han sido “bendecidos” por el resto de la comunidad social. Así, la legitimación educativa de la familia está fuera de toda duda, aunque quepa aceptar ciertas reticencias acerca de la capacidad real de padres y madres de carne y hueso para llevar a cabo esa tarea. Así las cosas, la familia, como espacio privado, se enfrenta y se dirige a un espacio público donde se concretará aquel modelo de vida sintetizado y nuevo: me refiero al nuevo individuo, nacido y/o acogido en un seno familiar, y que es “puesto en sociedad” para que ejerza su papel de manera autónoma y responsable.

En esta gestión pedagógica, la familia debe asumir un papel preeminente para abordar la problemática derivada del racismo a escala social; no se trata de trasladar la multiculturalidad a las familias, pretensión que podría rozar el absurdo, sino de capacitar a responsables familiares con aquellas herramientas que les permitan abordar un tratamiento de los asuntos públicos en los escenarios que les son propios. Evidentemente, todo lo relacionado con el racismo, con esa carga emocional que se dirige a la barrera de la sensibilidad moral de los individuos, es un buen ítem de tratamiento en el contexto familiar.

El trato mediático de lo “extranjero” determina la percepción del espectador y fomenta la absolutización del fenómeno, lo cual nos puede llevar a considerar que todas las migraciones humanas son iguales y que siempre se han realizado con la misma intensidad y la misma tensión. Los actuales movimientos migratorios son una de las consecuencias de la mundialización de la economía, es cierto, pero también de la internacionalización de las comunicaciones y de los mecanismos políticos internacionalizados, aspectos nuevos que conviene tener presentes en el análisis de las migraciones modernas.

En palabras de Todd, “la inmigración hace estallar el mito de una convergencia cultural que derivaría naturalmente del proceso tecnológico” (Todd, 1994, p. 383). No debe ser extraño que nos planteemos la relación directa entre mundialización de las relaciones humanas (en los ámbitos ideológico, político y económico) y racismo, promovido por la movilidad funcional, geográfica y hasta virtual propias de nuestro tiempo.

Con mayor motivo cabe afirmar que la familia aparece como aquel espacio privado donde es posible (aunque no siempre sea así) aprender a cuestionar lo público; exactamente lo contrario o lo complementario que la escuela, como institución educativa formal, que supone el espacio público donde es posible (aunque no siempre sea así) aprender a gestionar los distintos espacios privados, que aportan alumnos y alumnas, procedentes de su mundo íntimo.

2. LA FAMILIA ACTUAL

Diversos son los análisis que podemos hacer acerca de la familia y muchos son los especialistas que, lejos de pronosticar su desaparición, plantean la necesidad de una renegociación de roles internos y de funciones externas.

En esta línea, se puede afirmar que la familia¹ es el espacio primario de acogida donde se empiezan a gestionar los valores y, sobre todo, nociones como libertad e igualdad, piezas claves a partir de las cuales se construirá todo el entramado de valores y actitudes.

En síntesis, las preguntas sobre la crisis y el futuro de la familia se asocian con observaciones como las siguientes:

- a) Reducción del número de miembros del núcleo familiar por descenso del número de hijos por mujer y por la no presencia de más de dos generaciones en un mismo núcleo familiar.
- b) Incremento de la intervención de la mujer en la esfera pública: aumento de las mujeres que trabajan fuera de casa; presencia en puestos de poder, etc.
- c) Aumento del número de familias monoparentales y de personas que viven solas.
- d) Emancipación de los hijos a una edad más tardía.
- e) Disminución de los matrimonios y aumento de las separaciones; reconocimiento legal de las parejas de hecho.
- f) Planificación familiar y de la reproducción gracias a la aparición de nuevos procedimientos de fecundación asistida.

Todo ello pone de manifiesto que la crisis de la familia tiene dos consecuencias directas:

NOTAS
LA FAMILIA COMO
ESCENARIO PARA
TRANSGREDIR
EL RACISMO

¹ Algunas reflexiones aquí apuntadas están esbozadas en Prats (2001).

- en la esfera privada, obliga a renegociar los roles de cada miembro de la unidad familiar por decadencia de la jerarquía y la autoridad paterna;
- en la esfera pública, se exige una revisión de la función que ejerce la familia en el contexto social actual.

Seguramente en este mismo sentido, Prost afirma que “la familia que funcionaba ayer como la célula básica de la sociedad y se apoyaba en parte sobre normas de comportamiento transportables a las relaciones extrafamiliares (la pulcritud, la obediencia, el silencio, etc.) apunta hoy a facilitar la emancipación de sus miembros” (Prost, 1985, p. 36).

Esta emancipación, a pesar de que canaliza la vocación pública del individuo, corre paralela a la generalización de un modelo liberal que obliga a saber diferenciar, en el espacio público, el ideal de felicidad que ofrece cada espacio privado, tarea que la escuela debe asumir como primordial en sus proyectos.

Pero hoy ningún modelo de familia puede –ni está en condiciones de– pretender que su ideal de vida buena y sus valores se vean reflejados miméticamente en las instituciones de la esfera pública, como la escuela, y todavía menos, que estas instituciones defiendan escalas o matrices de valores idénticas a la suya, y esta reflexión debe acentuarse cuando nos referimos a creencias religiosas, costumbres culturales y normas de relación social.

Además, cuando la familia no está proporcionando estos máximos de felicidad que la sociedad le exige (por desmembramiento, dejadez o intención manifiesta), tampoco nos puede parecer legítimo que la escuela sustituya la posible amoralidad detectada en los alumnos por una moral instrumental de cariz neutro. Es decir, ante la diversidad, lejos de defender una anorexia ideológica de neutralidad, debemos incrementar nuestra beligerancia hacia manifestaciones privadas (procedentes de la familia) que induzcan a la discriminación, al rechazo del otro y al racismo. Precisamente, son fenómenos éstos donde es probable que los discursos de la escuela y de la familia no sean coincidentes. Pero no se trata de proponer que los códigos morales de unos y otros sean los mismos, sino de buscar los aspectos convergentes sobre la base de unos mínimos de autonomía, diálogo y respeto a la alteridad.

Sabemos que el racismo y cualquier discriminación que se nutra del diferencialismo y la desigualdad se plasman en tres ámbitos: la sensibilidad, la racionalidad y la conducta moral. Estos dos últimos ejes acostumbran a ser desarrollados en contextos formales, y solemos arbitrar que la sensibilidad moral es más susceptible de ser consumada en situaciones de educación informal.

Así, el ámbito familiar es un espacio excepcional para incidir en la sensibilidad y la voluntad morales: la base familiar es sustancialmente emotiva y guiada por una relación afectiva entre sus miembros y, de hecho, el desmembramiento familiar se produce cuando desaparece ese vínculo afectivo. Ello proporciona una potencia pedagógica importante a la familia

en el terreno de la sensibilidad moral, aspecto clave en la génesis de todo racismo.

3. PROPUESTAS DE ACCIÓN

No debemos olvidar que padres y madres significan para sus hijos, sobre todo en edades tempranas, modelos de acción, sobre los cuales “casi” no cabe discutir. Como es sabido, en el momento en que el niño adquiere los primeros instrumentos de autonomía moral (que Piaget y Kohlberg sitúan en la tercera infancia, a partir de los 7-8 años), se empieza a cuestionar la autoridad de los progenitores, hasta el punto que la adolescencia significa el punto álgido de rebeldía como manifestación máxima de creación de una nueva persona[lidad].

A la luz de esta reflexión, parece obvio que la actuación de padres y madres debe diferir en cada etapa de crecimiento y maduración de sus hijos: desde la oferta de modelos positivos, principalmente en las primeras edades, hasta la creación de condiciones que promuevan el disenso y la discrepancia, sobre todo en la adolescencia y la primera juventud.

En este terreno, las líneas de acción en el terreno familiar se pueden sintetizar en las siguientes propuestas:

a) Promoción de actitudes que eviten las acusaciones en general, en bloque, dirigidas a colectivos enteros por la procedencia geográfica, la adscripción confesional, la práctica sexual, la manifestación etnocultural, etc., incluidos también los chistes y los comentarios de burla con intenciones malévolas.

Las noticias que aparecen en los medios de comunicación sobre inmigración, racismo, patriotismo, etc., son muy aprovechables para desarrollar estrategias de adopción del punto de vista del otro y de la duda respetuosa. No se trata de demostrar a los hijos que los padres no tienen razón, como han pretendido algunas pedagogías liberadoras, sino de enseñarles que la realidad es multifacética y que siempre conviene estudiar varias alternativas antes de adoptar una decisión.

b) Canalización en positivo del conflicto y de los problemas morales, superando los juicios rápidos, sin valoraciones reflexivas, que emergen inmediatamente después de situaciones conflictivas. Ello no significa rechazar las reacciones emotivas que se producen espontáneamente, sino reconducirlas y recapitularlas, pero en momentos más propicios para la reflexión.

Las situaciones de racismo ofrecen muchas oportunidades para incidir en los aspectos emotivos, principalmente en aquellos que generan una acción posterior o que activan alguna reacción por parte del niño y la niña (indignación, por ejemplo); confrontar las opiniones con las repercusiones sobre los familiares de víctimas de actos vandálicos puede significar un revulsivo cuando el razonamiento moral cae en la justificación de actitudes racistas.

c) Refuerzo o creación de puentes de diálogo con la escuela pero insistiendo en el reparto de funciones para cada institución. Debe

NOTAS

LA FAMILIA COMO
ESCENARIO PARA
TRANSGREDIR
EL RACISMO

entenderse esto como una señalización explícita y efectiva de los puntos de convergencia y de los puntos de divergencia para consolidar el punto de vista propio y el de los demás.

Consolidados los puntos coincidentes todas las veces que haga falta para demostrar que el acuerdo no sólo es posible sino necesario, es importante que los hijos conozcan los aspectos que pueden generar conflicto con la escuela o con otras instancias, tanto para evitar problemas innecesarios como para demostrar que la discrepancia es asimilable y positiva en un contexto democrático.

Por ejemplo, en niños pequeños, es conveniente que escuela y familia compartan hábitos y códigos básicos de conducta para evitar conflictos innecesarios, pero en jóvenes y adolescentes se puede incidir de manera reflexiva en los puntos discordantes, como son la interpretación oficial de la historia y la rigidez lingüística que transmite la escuela, que quizá es diferente de la que creen padres y madres.

d) Facilitación de espacios que obliguen a asumir responsabilidades familiares, ajustadas al grado de desarrollo cognitivo y moral, para mostrar las ventajas y los inconvenientes de vivir en comunidad.

Desde el punto de vista del razonamiento y de la sensibilidad moral, es importante saber profundizar en las dificultades de la vida social pero también en los beneficios que de ella se obtienen, fomentando la búsqueda de argumentos favorables y contrarios y la aparición de emociones de indignación sobre determinadas injusticias, todo ello para canalizarlas en positivo y facilitar la construcción de actitudes prosociales.

Se trata de seguir el principio de que sólo con esta toma de posición responsable se pueden ejercer efectivamente los derechos sociales, como en la proclama de que a igualdad de deberes corresponde igualdad de derechos.

e) Renegociación de los roles familiares con motivo de las transformaciones que se van operando a causa de cambios externos (de cambio de nivel económico, por ejemplo) y de maduración psicomoral (por crecimiento vegetativo, evolución ideológica, etc.).

Según mi opinión, estos cambios implican también modificar los roles en el contexto familiar y pueden ayudar a comprender la asunción y la evolución de los roles en la esfera pública. Las situaciones que demuestran rechazo a la diferencia, por ejemplo, tienen que estar orientadas a mostrar las consecuencias de ese rechazo, que no es otra que el enquistamiento de la sociedad en roles asignados que se perpetúan en cada generación.

La aceptación de la diferencia significa renegociar estos roles, del mismo modo que se produce en el entorno familiar, cuando los hijos crecen pero los padres mantienen unos roles de subordinación por razones protectoras y de tutela.

f) Oferta de alternativas a las actividades cotidianas, para evitar la concentración de intereses y la rutinización de prácticas habituales, como sería propia del medio televisivo.

Estimular la participación en actividades externas al entorno familiar, como son las prácticas deportivas, musicales o paraescolares en general (inglés, informática, etc.), no ha de significar un incremento de la presión sobre los niños o los jóvenes, sino una auténtica relajación de las actividades diarias y una dispersión de las ocupaciones habituales.

Es importante recuperar el sentido del ocio creativo que han de tener estas actividades y no permitir que se reproduzcan los clisés de rigidez e inflexibilidad que caracterizan a la educación escolar, sobre todo en etapas que reclaman una gran apertura y elasticidad en el trato, como en la adolescencia.

Se trata de estimular prácticas sociales, inicialmente de carácter voluntario, que impliquen una cierta toma de compromiso y esfuerzo, insistiendo en la necesidad de diversificar las fuentes de contacto social y la pluralidad de intereses e inquietudes, demostrando un interés real por parte de los padres pero ajustado al grado mostrado por el hijo.

En esta línea, parece urgente que las administraciones públicas se planteen la necesidad de crear un sistema educativo paraescolar que, con planteamientos netamente pedagógicos y nunca asistenciales (o de guardería), permita una planificación educativa más rigurosa, aprovechando al máximo las instalaciones escolares. Esto, por supuesto, facilita la descongestión de contenidos “curriculares” de la escuela, porque desvía los necesarios hacia ese sistema paraescolar; relaja la presión social sobre el profesorado; optimiza recursos humanos y materiales, y ayuda a reorganizar el tiempo de las familias.

4. CONCLUSIÓN

La familia es el espacio donde se puede enseñar a gestionar con naturalidad los conceptos de libertad e igualdad, que se concretan en valores como la autonomía y la responsabilidad. Aquél que no aprende a ser autónomo y responsable en el seno familiar original suele tener dificultades para organizar su posición social e incluso política. Debemos recordar que el incremento de autonomía de los hijos disminuye al mismo tiempo la responsabilidad de los padres, de manera que parece un proceso de vasos comunicantes donde uno se compensa con el otro.

Como hemos señalado, el racismo representa el síntoma de una tensión entre posiciones divergentes mal gestionadas y mal resueltas; además, parece probable y por eso más triste, que las manifestaciones racistas puedan incrementarse si no sabemos ofrecer condiciones óptimas para la resolución de esas tensiones en el espacio público.

Así, siguiendo a Arendt, aunque la discriminación sea comprensible y hasta admisible en el terreno de lo privado (“yo escojo la pareja que quiero”, “yo selecciono a mi compañero de cine”, etc.), esa afirmación no es defendible en lo público y aún menos en lo político: “[la esfera privada] no se rige ni por la igualdad ni por la discriminación sino por la

NOTAS

LA FAMILIA COMO
ESCENARIO PARA
TRANSGREDIR
EL RACISMO

exclusividad”². Con todo, como la familia sigue y seguirá siendo un espacio privilegiado de aprendizaje y entrenamiento de las habilidades sociales, merece la pena el esfuerzo para que enseñe a identificar y alertar sobre los peligros que entraña todo tipo de discriminación en lo público y en lo político.

Hasta ahí la responsabilidad colectiva de la sociedad, incluida la clase política y los medios de comunicación; pero esa responsabilidad debe trasladarse a lo íntimo, a partir de las propuestas planteadas y de otras seguramente más innovadores y eficaces.

El desarrollo de una intervención sistemática y rigurosa sobre la familia para aumentar su capacidad en la gestión de los valores, y en especial en aquellos contravalores que no generan duda como en el caso del racismo, debe convertirse en una prioridad de los programas de actuación de las fuerzas sociales y políticas. Limitando en exclusiva esa responsabilidad al ámbito de la escuela es, además de una grave insensatez, un síntoma de miopía política de nuestra sociedad. ■

² Véase Arendt (1959) “Little Rock. Consideraciones heréticas sobre la cuestión de los negros y la ‘equality’ ”, en Arendt (2002), p. 102.

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, H. (2002). *Tiempos presentes*. Barcelona: Gedisa.
- Prats, E. (2001). *Racismo en tiempos de globalización*. Bilbao: Desclée De Brouwer.
- Prost, A. (1985). *Éloge des pédagogues*. París: Seuil.
- Todd, E. (1994). *Le destin des immigrés*. París: Seuil.

NOTAS

LA FAMILIA COMO
ESCENARIO PARA
TRANSGREDIR
EL RACISMO